

Medellín: memoria generadora*

Pablo Bonavía
Montevideo, Uruguay

“Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados; pero... ¿qué es eso para tantos?” (Jn 6,9).

1. Desde los clamores y las necesidades del presente

A la mayoría de quienes estamos aquí nos resulta evidente el sentido de celebrar el cincuentenario de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín. Nos puede parecer incluso superfluo justificar la decisión de visitar aquel evento. Sin embargo, si salimos de cierto entorno eclesial militante, es lógico que muchas personas se pregunten, honestamente, qué utilidad puede tener volver sobre un acontecimiento eclesial de hace cincuenta años. Todavía recuerdo un comentario hecho por alguien situado por fuera de la militancia: “solo la Iglesia pierde tiempo discutiendo sobre textos del siglo pasado, mientras el mundo de hoy no deja de sorprendernos con permanentes avances tecnológicos, progresos culturales y metamorfosis religiosas”. Y agregaba: “lo que deberían hacer los cristianos es dejar de llegar siempre tarde, ponerse al ritmo del progreso y dejar de mirar el pasado”.

Podemos, por supuesto, cuestionar una visión tan optimista del mundo actual y sus avances. Sabemos que encubre un paradigma civilizatorio, montado sobre la exclusión sistemática de grupos sociales, países y culturas, y sobre la destrucción de nuestra casa común. Pero quizás sea bueno asumir ese cuestionamiento. No solo por consideración a quienes han seguido otros derroteros, sino también como necesidad de parte nuestra. Porque también nosotros podemos quedarnos en *un recuerdo apenas nostálgico o meramente ritual del acontecimiento Medellín, que dé por conocida y asumida su radical originalidad y actualidad.*

* Ponencia leída en el III Congreso Continental de Teología Latinoamericana y Caribeña de Amerindia, San Salvador, El Salvador.

En primer lugar, no nos equivoquemos: cuando acá hablamos de Medellín, no estamos situados en el pasado. Estamos hablando del presente. Un presente que para nosotros es el lugar donde se juega, en cada momento y en cualquier lugar, el futuro que estamos construyendo, desde lo más sencillo de nuestra vida cotidiana hasta lo más complejo de nuestras relaciones sociales y con la madre Tierra. Un presente en cuyo seno alienta ya, por iniciativa de Dios y la respuesta generosa de muchos, el germen de un mundo diferente, cuyo futuro depende, en gran parte, de nuestros compromisos y decisiones.

Una de las frases recordadas del mayo francés, que también acaba de cumplir 50 años, expresa el desafío civilizatorio en el cual nos encontramos. La frase decía: “Nosotros no queremos encontrar un puesto en la sociedad tal como es hoy, sino crear una sociedad en la que valga la pena encontrar un puesto”. Hoy tendríamos que agregar a esta formulación la perspectiva propia del sur global, que da contenido específico a ese desafío: partir de la escucha del clamor de los pobres y del grito de la Tierra. Y señalar que, para los seguidores de Jesús, este esfuerzo conlleva la acogida de la buena noticia del reino, que incluye la permanente conversión personal y el compromiso de evitar que la Iglesia se mimetice y asuma su misión como disputa por un “puesto”, entre los productos religiosos que ofrece la sociedad actual.

2. Medellín: una memoria peligrosa

¿Por qué los cristianos, al afrontar el futuro, nos vemos en la necesidad de recordar con gratitud y pasión acontecimientos del pasado, como la conferencia de Medellín? La respuesta tiene que ver con nuestra misma identidad: porque somos una *comunidad narrativa*. Una identidad que está en permanente construcción, ya que supone seguir a Jesucristo en contextos siempre nuevos. Además, esa identidad, en lo más profundo de sí misma, no encuentra una doctrina abstracta, sino aprendizajes históricos, los cuales se han grabado para siempre en nuestra memoria colectiva y constituyen así una fuente irrenunciable para nuestra esperanza, discernimiento y compromiso.

En el origen de esta manera de situarse ante la vida y ante Dios, está la experiencia del pueblo de Israel, tal como nos la relata el Antiguo Testamento. Dios irrumpe en su horizonte como Aquel que se toma en serio su sufrimiento y lo acompaña en su proceso de liberación (Ex 3,6-10). Esta experiencia histórica se constituye en el centro de su fe, de tal manera que aun las cuestiones doctrinales (Dt 6,20-25) y rituales (Dt 26,5-11) se explican y fundamentan en el relato de lo sucedido y de su valor para la historia actual.

Asimismo, en el centro de nuestra fe cristiana aparece una narración histórica: la de Jesús. Se trata de un relato sorprendentemente fecundo, capaz de engendrar nuevas miradas, sentimientos, esperanzas y compromisos. Y que cambia, sobre

todo, nuestra relación personal y comunitaria con Dios. La reiterada narración de la vida del Nazareno, en el seno del compartir comunitario, se transforma, para los primeros cristianos y para nosotros, en una memoria compartida, que permite acoger la irrupción aquí y ahora del reino anunciado por Jesús.

Esta memoria no es un relato triunfalista. Es una memoria profundamente esperanzadora, pero con las marcas de la pobreza, la incompreensión, la persecución, la pasión y la muerte de Jesús. No nos referimos solo a las huellas de la cruz, que porta el resucitado, sino a la vida toda del Nazareno, tan opuesta a cualquier criterio elitista, tal como se refleja en un relato anónimo:

Nació en una pequeña aldea, hijo de una mujer del campo. Creció en otra aldea donde trabajó como carpintero hasta que tuvo 30 años. Después, y durante tres años, fue predicador ambulante. Nunca escribió un libro. Nunca tuvo un cargo público. Nunca tuvo familia o casa. Nunca fue a la universidad. Nunca viajó a más de trescientos kilómetros de su lugar de nacimiento. Nunca hizo nada de lo que se asocia con grandeza. No tenía más credenciales que él mismo. Tenía solo treinta y tres años cuando la opinión pública se volvió en su contra. Sus amigos le abandonaron. Fue entregado a sus enemigos, e hicieron mofa de él en un juicio. Fue crucificado entre dos ladrones. Mientras agonizaba preguntando a Dios por qué le había abandonado, sus verdugos se jugaron sus vestiduras, la única posesión que tenía. Cuando murió, fue enterrado en una tumba prestada por un amigo. Han pasado veinte siglos y hoy es figura central de nuestro mundo, factor decisivo del progreso de la humanidad¹.

Es la memoria de quien mostró que el camino de Dios hacia nosotros no pasa, en primer lugar, por el templo, el sacerdocio o la ley, sino por los excluidos y las excluidas de este mundo, con quienes se identificó hasta ser él mismo un excluido. Por eso fue acogido definitivamente en la vida que no tiene fin, de manera que, siendo la piedra desechada por los arquitectos, se ha convertido ahora en la piedra angular (Hch 4,11).

A medida que la comunidad cristiana fue haciendo suyo el mensaje evangélico con su lógica pascual, comenzó a experimentar la dificultad de asumir los cambios radicales que suponían para la vida personal, comunitaria y social. Sus propias inercias, la inserción en nuevos contextos históricos y el rechazo de la sinagoga y del imperio romano fueron mostrando la necesidad de volver a narrar una y otra vez la historia subversiva de Jesús. Porque el riesgo de diluir esa “locura”, hasta mimetizarla en la “sensatez” de lo admitido por la cultura y la religión hegemónicas, fue permanente. La secular peripecia del modelo de cristiandad lo mostró hasta la saturación.

¹ J. I. González Faus, *Memoria subyugante. Memoria subversiva*, p. 2. Cristianisme i Justícia, Cuaderno 104 (Barcelona, 2001).

La conferencia de Medellín pertenece a esa historia de actualización de la memoria peligrosa de Jesús, que nos interpela a todos. Por eso, no deberían sorprendernos los intentos para resistirla o ignorarla. Sin embargo, estos esfuerzos no han logrado impedir que su semilla siguiera sembrándose y hoy continúe viva, en múltiples prácticas pastorales y sociales. Se verifica aquí la misma lógica pascual del reino de Dios, que González Buelta describe con su habitual sencillez y belleza:

El reino de Dios se parece a un roble sacudido por el huracán. Soplan los vientos con fuerza, inclinan la copa, desgajan las ramas y arrancan las hojas. Pero los mismos vientos que atacan al roble se llevan sus semillas aladas a grandes distancias. Donde cae una semilla, nace un roble nuevo. El huracán que parece destruir al roble de hoy, siembra sin saberlo el nuevo bosque que cubrirá mañana toda la montaña².

3. El carácter fundacional y el nuevo modo de producción

Importa señalar de entrada *el carácter fundacional* del acontecimiento Medellín y del proceso que desencadenó. Por fidelidad a la historia, ciertamente, pero, sobre todo, porque es evidente el riesgo de que la conferencia desaparezca de la atención eclesial, como si se tratara de un evento más entre tantos que integran la agenda episcopal. Ya en la preparación de Puebla emergieron fuertes presiones que apuntaban a desautorizar lo resuelto por los obispos en Medellín o, al menos, a minimizar su impacto, en el caminar de las comunidades cristianas del continente. Esas presiones no lograron entonces su propósito, pero siguieron tratando de desconocer la importancia y originalidad de Medellín.

Este evento fue, sin duda, como señala Óscar Beozzo, *el acta de nacimiento de una Iglesia con rostro latinoamericano-caribeño*. Y lo fue porque sus protagonistas, lejos de pretender dar a luz una comunidad eclesial distinta o separada, se insertaron expresamente en la tradición sinodal de nuestra Iglesia. Y lo hicieron con plena conciencia de su autoridad y responsabilidad. La historiadora Silvia Scatena, en un reciente artículo, destaca que incluso la oración litúrgica, celebrada diariamente por los obispos durante la conferencia, ubicaba explícitamente sus trabajos en la tradición que va desde el concilio de Jerusalén hasta el Vaticano II³. Por otra parte, la presencia del delegado papal, el cardenal Samoré,

2. B. González Buelta, *Tiempo de crear. Polaridades evangélicas*, p. 29 (Santander, 2009).

3. S. Scatena, "El 'Sinai' de Medellín: La conferencia de 1968 como 'nuevo pentecostés' para la Iglesia latinoamericana". Disponible en <http://www.amerindiaenlared.org/contenido/13059/medellin-por-dentro-la-conferencia-vista-por-sus-propios-protagonistas/>.

y la aprobación de las Conclusiones de la asamblea por Pablo VI, nos hablan de la autoridad de la conferencia de Medellín y su texto final.

Sin embargo, no debemos confundir el carácter fundacional de Medellín con la suposición de que surgió de una especie de *iluminación súbita* o descubrimiento repentino, acontecido en el transcurso de los trabajos de los obispos. Eso ocultaría una de las enseñanzas que hicieron de este evento la “matriz” de una tradición teológica y pastoral latinoamericana: *su modo de producción*. Un modo de producción enraizado en la eclesiología del concilio que, a partir de una pneumatología más madura, superó el modelo unidireccional o “piramidal” y *recuperó la dinámica circular entre el servicio de los obispos y el testimonio del pueblo de Dios en su conjunto*.

Esa dinámica prioriza el sentido de la fe (*sensus fidei*) de todos los bautizados y recupera la participación activa de las pequeñas comunidades en la misión de encarnar el evangelio de Jesucristo, en cada nuevo contexto histórico y cultural. Por eso, no comienza afirmando cuestiones doctrinales, sino auscultando las realidades sociales y las prácticas pastorales de las comunidades. Por eso, el documento final de Medellín tampoco consistirá en un plan pastoral terminado y listo para ser aplicado en las diócesis. Como dirá Mons. Carlos Parteli, arzobispo de Montevideo y presidente de la comisión de la paz:

Medellín no pretende ser un nuevo código ni un recetario pastoral. Es una voz del Señor que perturba nuestra tranquilidad, nos desinstala y nos impulsa a lanzarnos por sendas desconocidas. Así comenzó con Abraham la historia de la salvación.

Aquí se manifiesta una forma de proceder que será característica de la tradición pastoral latinoamericana: actuar más en función de *procesos, que de programas*.

Esta dinámica permitió que los obispos acogieran y tradujeran las perspectivas abiertas por el concilio, desde el contexto latinoamericano y caribeño. Sin embargo, quisiera enfatizar como especialmente valioso para nuestro presente que si Medellín generó propuestas pastorales tan fecundas, fue porque su fidelidad fue *más allá de una aplicación mecánica y superficial del concilio*. Es este “ir más allá” de la repetición automática, lo que me parece decisivo relanzar con fuerza, en tiempos eclesiales en los cuales corremos el riesgo de que eso se pierda. Veámoslo en los tres aspectos que me parecen más trascendentales.

4. Sentirse parte del problema

En primer lugar, es claro que en Medellín, los obispos asumieron con valentía el desafío de *superar el ensimismamiento narcisista de la Iglesia* para volver a poner su centro donde debe estar: en *el reino de Dios*, que se gesta en el interior de la historia compartida con todos. Reino del cual la comunidad eclesial está

llamada a ser sacramento, es decir, señal transparente y comprometida, lo cual le exige discernir escrupulosamente los llamados “signos de los tiempos”. Medellín asumió la tarea de desentrañar tales signos, a lo largo de todos sus documentos, y lo hizo de una manera muy nítida. Así, en el “Mensaje a los pueblos”, afirma “que las aspiraciones y clamores de América Latina son signos que revelan la orientación del plan divino”. En la Introducción, señala que

así como otrora Israel, el primer Pueblo, experimentaba la presencia salvífica de Dios cuando lo liberaba de la opresión en Egipto [...] nosotros nuevo Pueblo de Dios no podemos dejar de sentir su paso que salva cuando se da el verdadero desarrollo que es el paso para cada uno y para todos de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas (6).

Medellín reconoce que los signos de los tiempos poseen el carácter de “lugar teológico” (Pastoral de las elites, 13). Incluso afirma que “las situaciones históricas y las aspiraciones auténticamente humanas forman parte *indispensable* del contenido de la catequesis” (Catequesis, 6).

Pero lo que más llama la atención es que los obispos dan un paso más. Un paso que será decisivo a la hora de tomar posición frente a las complejas y dolorosas situaciones vividas en el continente. En efecto, los obispos *miran la realidad sintiéndose parte de ella* y, por tanto, también responsables, junto a los demás actores sociales, de crear condiciones que hagan posible las transformaciones necesarias. Lejos de analizar la situación histórica del continente desde un espacio ajeno e inmunizado, se hacen cargo de su responsabilidad personal y colectiva, en el procesamiento de los cambios, reclamados por el presente. Podríamos decir que *se sienten parte de la solución, en la medida en que primero se sienten parte del problema*⁴.

Así, en el documento sobre “La pobreza de la Iglesia”, reconocen que “no faltan casos en que los pobres sienten que sus obispos, o sus párrocos y religiosos no se identifican realmente con ellos, con sus problemas y angustias” (3), y señalan que, en cuanto pastores, deben agudizar su deber de solidaridad con los pobres, lo cual significa “hacer nuestros sus problemas y sus luchas”. Esto implica denunciar la injusticia y la opresión, así como también dialogar con los grupos responsables de esa situación con vistas a hacerles comprender sus obligaciones.

4. En este sentido, nos parece muy significativa la figura del muchacho que, gracias a la iniciativa de Jesús, comparte sus cinco panes y tres pescados. En él, descubrimos a alguien que se ve a sí mismo como parte del problema —el hambre de muchos— y, por eso, se transforma en parte de la solución, al poner en común sus pocos recursos. Este joven es figura de lo que los cristianos estamos llamados a ser y a hacer en la sociedad. Y es figura de lo que han sido estos obispos en la historia de la Iglesia del continente, a partir de una nueva manera de valorar la fuerza y la riqueza de los pequeños.

La línea de acción es la promoción humana, que respeta la dignidad de los marginados, enseñándoles a ayudarse a sí mismos, y la colaboración de la Iglesia con otras instituciones (10, 11). En consecuencia, la Iglesia latinoamericana ha de ser más transparente, para lo cual ha de liberarse de ataduras temporales, connivencias y prestigio ambiguo (18). La transparencia y el dar cuenta a los demás de la propia vida nos parece una actitud fundamental, que caracteriza el tono general de todos los documentos de la conferencia. La terrible crisis actual de la Iglesia católica, a causa de la pederastia, nos ahorra todo comentario sobre su necesidad y actualidad.

5. Perder la vergüenza de no ser como ellos

Un segundo aspecto de la fidelidad capaz de “ir más allá” es la profunda *revalorización de la Iglesia local*, impulsada por el Vaticano II. La diócesis, grande o pequeña, no es la sucursal administrativa de una gran organización religiosa llamada Iglesia, sino la concreción máxima y suprema de la Iglesia, posible por la acción del Espíritu. La comunidad local no es *una parte* de la Iglesia universal, sino la Iglesia *toda*, aconteciendo en un determinado lugar y asumiendo las particularidades históricas de la sociedad en la cual vive. La Iglesia se hace universal, precisamente, al acoger y elevar los valores de cada grupo humano que recibe el evangelio. Las originalidades de cada pueblo, lejos de ser un obstáculo para la unidad eclesial, son fuente de enriquecimiento permanente, en la medida en que cada comunidad se reconoce vinculada con todas las otras comunidades locales, nacidas de la misma experiencia de fe y con quienes tiene el ministerio de presidirlas.

En Medellín, los obispos se apropiaron de esta perspectiva. No solo la proclamaron, sino que también la pusieron en acto. Actuando como Iglesia regional y en un contexto de fuertes transformaciones sociales y culturales, sintieron un llamado ineludible a beber de su propia fuente. A escudriñar la acción del Espíritu, en su historia pasada y presente, en sus comunidades de fe y en sus tradiciones espirituales, teológicas y pastorales. Es la primera vez, en cinco siglos de existencia, que en un documento oficial, *la Iglesia latinoamericana y caribeña pierde la vergüenza de ser diferente*, de “no ser como ellos” y de poseer valores que nacen de su propia experiencia fontal. Es la primera vez que no pretende mimetizarse con las iglesias del centro y su larga historia, y sus riquezas materiales, culturales y espirituales. Al contrario, pone en juego su propia creatividad. Es el momento de inventar, con imaginación creadora, la acción que corresponde realizar, para contribuir a la gestación de una nueva civilización global (Introducción, 3, 4). Y lo hace más allá de las fronteras de la institución eclesial, como parte de un continente, que “intentará su liberación a costa de cualquier sacrificio, no para cerrarse sobre sí mismo, sino para abrirse a la unión con el resto del mundo, dando y recibiendo en espíritu de solidaridad”

(Mensaje a los pueblos). De esa manera, Medellín será capaz de compartir con el mundo tres frutos, nacidos en estas tierras, los cuales son ahora universalmente reconocidos como aportes a la mejor cultura humanista: la educación popular, las comunidades eclesiales de base y la teología de la liberación.

Este abrirse al mundo, a partir de lo que genera desde su pobreza, le permitirá constituirse también en una buena noticia para las comunidades cristianas de los países centrales. Como dirá Ernesto Balducci, teólogo europeo: en torno a Medellín se desencadena un proceso evangelizador en sentido inverso al de la conquista: las carabelas retornan con los nuevos anunciadores del evangelio desde las Indias occidentales hacia la vieja cristiandad.

6. Los pobres como sujetos

En tercer lugar, en Medellín, los obispos dieron un paso que el concilio no logró dar: poner a los pobres en el centro de su mirada y su compromiso. No solo como víctimas de la opresión, sino también como portadores de una presencia especial del Señor y de una fuerza histórica escondida, pero real. Este es el aspecto más importante de Medellín, el paso que lo constituirá en un acontecimiento mayor, en la historia de la Iglesia universal.

La solidaridad con los pobres no es, obviamente, algo inédito en la vida de la Iglesia. Sabemos que está en la raíz de prácticas que han marcado la existencia de muchísimos cristianos y cristianas, y en infinidad de tareas colectivas e instituciones, que han configurado la presencia de la comunidad cristiana en la sociedad. Sin embargo, la Iglesia latinoamericana, por gracia del Espíritu y compromiso de su gente, puso la opción por los pobres en el centro mismo de su ser y misión. Y así lo plasmó en un documento de primera autoridad.

En el concilio Vaticano II, Juan XXIII planteó la cuestión de la Iglesia de los pobres, la cual fue retomada luego por un grupo de obispos, liderado por el cardenal Lercaro. Estos obispos intentaron introducir la cuestión en los debates conciliares más importantes, pero no lo consiguieron. Al final, los documentos conciliares hacen pocas, pero significativas referencias a la Iglesia de los pobres. La opción se abre camino gracias al célebre Pacto de las Catacumbas, suscrito el 16 de noviembre de 1965 por cuarenta obispos, la mayoría latinoamericanos. Estos se comprometieron, personal y ministerialmente, a vivir de forma sencilla y en solidaridad con los pobres, a quienes quisieron introducir en el aula conciliar como característica fundamental de la Iglesia universal.

En Medellín, los obispos comienzan por analizar la realidad continental, a partir del escándalo de la injusticia, una miseria que margina a grandes grupos humanos y que clama al cielo (Justicia, 1). Denuncian diversas formas de marginalidad, la desigualdad excesiva entre las clases sociales, la opresión de los sectores dominantes, el ejercicio injusto del poder y, a nivel global, la

dependencia de un centro de poder económico y de monopolios internacionales (Paz, 2-9). Los obispos califican esta situación como “violencia institucionalizada” (16) y como situación de pecado, pues “allí donde se encuentran injustas desigualdades sociales, políticas, económicas y culturales, hay un rechazo del don de la paz del Señor; más aún, un rechazo del Señor mismo” (14). Estas situaciones son tan dramáticas, que los llevan a reclamar “transformaciones globales, audaces, urgentes y profundamente renovadoras” (16).

Sin embargo, la mayor originalidad de Medellín consiste en no tratar a los pobres como objetos de cuidado, de caridad o de asistencia. De esa manera, supera la visión paternalista del oprimido, fundamentada en un modelo unidireccional (benefactor-beneficiado). En Medellín, los pobres son, ante todo, *sujetos*.

Los obispos piden instaurar un orden donde *la dignidad* de cada uno sea respetada. “Un orden en el que los hombres *no sean objetos, sino agentes de su propia historia*” (Paz, 14). De tal manera que las transformaciones necesarias se realicen *desde dentro*, es decir, mediante una conveniente toma de conciencia, una adecuada preparación y una efectiva participación de todos (15). No se trata de conceder dádivas, sino de “defender según el mandato evangélico, *los derechos* de los pobres y oprimidos” (22).

El ser sujetos es, en realidad, un irse haciendo sujetos. La tarea no es individual, sino profundamente relacional: el llamado a *hacernos mutuamente sujetos*. A nivel interpersonal, claro, pero también a nivel social. Aquí, Medellín va “más allá” de la tradición moderna occidental, ya que rescató el carácter de sujeto de cada persona, un aporte decisivo a la historia del pensamiento. Recogiendo una reflexión que podríamos remitir a la pedagogía de Paulo Freire, la conferencia nos ayuda a ver que nadie se hace sujeto solo, ni nadie hace sujeto solamente a los otros, sino que todos nos hacemos sujetos recíprocamente. No es una dinámica exclusivamente individual o interpersonal, sino que también posee una dimensión social, estructural. Por eso, Medellín nos propone no solo asumir la educación liberadora, que convierte al educando en sujeto de su propio desarrollo (Educación, 8), sino también que los socialmente marginados sean “autores de su propio progreso, desarrollen de una manera creativa y original un mundo cultural acorde con su propia riqueza y que sea fruto de sus propios esfuerzos” (Educación, 3). Asimismo, se propone “alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar *sus propias organizaciones de base*, por la reivindicación y consolidación de sus derechos y por la búsqueda de una verdadera justicia” (Paz, 27).

Esta perspectiva, que pide generarnos recíprocamente como sujetos, nos permite aludir, por último, a lo que entendemos fue otro aporte de indudable lucidez y profundidad de Medellín. Nos referimos al uso que hace del concepto *colonialismo* para explicar la dinámica excluyente de nuestras sociedades (Paz, 2-10). Aunque se mueven desde una perspectiva que subraya las dimensiones

económicas y políticas de la marginación, los obispos perciben con claridad que el colonialismo supone, además, la subordinación *a priori* de sectores sociales, a través de ciertos mecanismos culturales, étnicos y religiosos. Hoy, las ciencias sociales plantean que la categoría de *colonialidad* nos permite comprender mejor los procesos de exclusión de nuestro continente y nuestra participación en ellos. Por su parte, las llamadas “epistemologías del sur” han logrado evidenciar valores y saberes sumergidos, por su origen étnico, de género o religioso. De esa manera, ofrecen nuevos horizontes al proyecto liberador característico del seguimiento de Jesús. Por eso, el llamado “*giro decolonial*” constituye un gran desafío en la actualidad, puesto que abre nuevas posibilidades para la experiencia comunitaria de la fe y la reflexión teológica. De nuestra capacidad para acoger el Espíritu de Jesús depende que estas posibilidades se hagan realidad⁵.

5. Ver C. A. Motta y G. L. de Mori, “Provocações decoloniais à teologia e ao espírito de Medellín”, *Voices* 1 (2018).